

Ciencia y política

Eventos climáticos extremos, la rápida introducción de nuevas tecnologías y conflictos sociales de dimensiones globales colocan a los partidos políticos y a las instituciones del Estado de derecho frente a desafíos nuevos y que requieren de gran flexibilidad y capacidad de respuesta.

Este dossier comprende testimonios de personas vinculadas a los ámbitos político, científico y tecnológico. La invitación es a derrumbar los muros entre la academia, la gestión y la política. Se trata de buscar nuevos ámbitos de intercambio y aprendizaje.

Obra de Diego Santurio, Parque de las esculturas
de la Fundación Pablo Atchugarry, Maldonado, Uruguay.
Gentileza de Pablo Atchugarry
Foto: Amparo Bengochea



La ciencia, la técnica y la política

—» CARLOS CASTILLO LÓPEZ

Ciudad de México, 1978. Director editorial y de cooperación institucional de la Fundación Rafael Preciado Hernández. Integrante de la Organización de Consultores Políticos de Latinoamérica. Director de la revista *Bien Común*.

Un esbozo histórico

La gesta armada que representó la Revolución mexicana tuvo al concluir, en 1917, dos grandes frutos: la Constitución proclamada aquel año que, corregida, enmendada y reformada rige al país hasta el día de hoy, y el Partido Nacional Revolucionario, de 1929, antecesor del actual Partido Revolucionario Institucional (PRI), donde

se agruparon aquellos generales que sobrevivieron a la instalación del régimen bajo la bandera del nacionalismo revolucionario, ideología que buscaba rescatar los valores más caros de siete años de guerra (tierra, libertad, sufragio efectivo, paz social) y promoverlos como derroteros de la construcción del nuevo régimen.

De ese modo, una sola fuerza se asumió como heredera de la lucha revolucionaria, constituyó una clase política encabezada por el presidente de la República, que era al mismo tiempo líder indiscutible del partido, y se dio a la tarea de organizar a una nación que se concebía como unidad absoluta, con un punto de partida común a toda la población y bajo el control de un Gobierno que hacía poco por representar la diversidad y pluralidad que hasta el día de hoy se da cita en el territorio mexicano.

Pasaría, no obstante, poco tiempo antes de que una nueva generación se sumara a la vida pública nacional. Nacido en los últimos años del siglo XIX, educado bajo el signo de José Vasconcelos —el gran reformador del sistema de enseñanza nacional—, y por edad, testigo mas no protagonista de los primeros años del autonombrado régimen revolucionario, ese grupo tuvo destacados integrantes que ya en la década de los años veinte se incorporaron al servicio público con ideas frescas, dudosos de los primeros resultados del nuevo gobierno y deseosos de sumar su trabajo al de quienes a todas luces resultaban, ya para la segunda década del siglo XX, incapaces de sentar bases sólidas y permanentes para apuntalar el futuro.

Reunida bajo el nombre de Generación de 1915, año en que se incorporan a la vida pública, uno de sus principales exponentes fue Manuel Gómez Morin, abogado, fundador durante su paso por la Universidad Nacional, de la Sociedad de Conciertos y Conferencias, con una cultura universal muy distante de la cerrada y de miras cortas de quienes conducían al país, y con una inquietud por dar un cauce serio al esfuerzo nacional de impulsar un México que, más allá de los vaivenes fruto de rencillas y ajustes de cuentas entre la clase gobernante,¹ pudiese gozar de instituciones permanentes que garantizaran estabilidad, continuidad y profesionalismo a la administración pública.

Ya en 1919, a manera de diagnóstico sobre los primeros años de la promulgación de la Constitución de 1917, Gómez Morin (14.6.1919) escribía:

En nuestro país todo es fruto de la improvisación. Los políticos y los administradores, el ejército y los gendarmes, las leyes, los camiones, los sabios, las lecherías, los ferrocarriles, los paseos, los héroes, los cantantes, los fenómenos meteorológicos... Sólo los pueblos de escasas dotes espirituales se esfuerzan en una abrumadora tarea de preparación previa. Los mexicanos no la necesitamos. Queremos y somos políticos, queremos y nos convertimos en financieros, queremos y seremos lo que queramos porque cada uno de nosotros

1 Un detallado análisis de la situación mexicana posterior a la lucha revolucionaria puede encontrarse en Krauze (1976, p. 92).

es potencialmente lo que quisiera ser... Por eso las cosas en México están como están. Desde nuestros héroes hasta nuestros temblores de tierra, casi todo es improvisado, defectuoso, vulgar, nunca definitivo».²

Ese es, precisamente, el gran mal que el novel autor encuentra en México: la improvisación, la falta de profesionalismo y preparación, la certeza de que solamente a partir de arengas y buenas intenciones era imposible concebir y muchos menos establecer el México que debía levantarse de una lucha fratricida para entrar a un periodo de estabilidad y paz. Como corolario de aquella estrechez de miras gubernamental, en 1926 estalla una guerra entre el gobierno y ejércitos católicos que se oponen a la instalación del socialismo y la restricción de la libertad de cultos como nuevas banderas del régimen posrevolucionario, y en ese año es que Gómez Morin redacta un breve ensayo titulado *1915*, en el que ya con conocimiento de causa de las consecuencias de aquella diagnosticada improvisación, y consciente del fracaso de los ideales de unidad y trabajo de la Revolución, propone a sus contemporáneos asumir banderas comunes, emprender estrategias efectivas y reunirse bajo dos conceptos clave para de alguna manera superar los resabios de casi una década perdida y empezar de nuevo. Los conceptos son: el dolor evitable y la técnica.

2 Cf. Krauze (1976, p. 92).

La técnica: un concepto innovador y vigente

En el desarrollo y evolución de la técnica que formuló Gómez Morin hay algo que bien podría calificarse como sistema, siguiendo la definición de Kant, quien lo explica como «la unidad de los diversos conocimientos bajo una idea»;³ una idea que, siguiendo con el filósofo, «se opone al conocimiento común, es decir, al conjunto de conocimientos como simple agregado. El sistema descansa en la idea de un todo anterior a las partes».⁴

A partir de esta concepción, Gómez Morin (1973, p. 32) define a la técnica como:

No positivismo ni pragmatismo siquiera. Es posible otro camino: el de la técnica. Técnica que no quiere decir ciencia. Que la supone pero a la vez la supera realizándola subordinada a un criterio moral, a un ideal humano.

Técnica que no es tampoco positivismo; que conoce y postula otros valores para el conocimiento y para la vida y sabe la honda unidad que existe entre todas las manifestaciones del espíritu ...

Conocimiento de la realidad. Conocimiento cuantitativo, ya que el error del liberalismo estriba en

3 Immanuel Kant (1989). *Crítica de la razón pura*. Madrid: Alfaguara, p. 647. Cf. Russ (1999, p. 369).

4 Immanuel Kant (1935). *Lógica*. Madrid: Sociedad Española de Librería, p. 68. Cf. Russ (1999, p. 369).

involucrar un problema de calidad en lo que es sólo un problema de cantidad; en pretender resolver problemas de organización, de igualamiento, que son cosas de peso y de medida, con elementos que son puramente cualitativos...

Iniciamos nuestra vida intelectual bajo el signo del hombre, afirmando libertad y posible adaptación de la ciencia a fines humanos.

Mucha ciencia había visto Gómez Morin en su paso por el gobierno. La agronomía como ciencia para resolver la pobreza del agro mexicano; la economía como ciencia para solucionar el problema de las finanzas públicas; el derecho como ciencia para construir un andamiaje legal y un marco normativo nacional. No obstante ese saber científico, los resultados no generaban los frutos esperados, el desarrollo del país era lento y minado por corrupción, por malos manejos administrativos, por la distancia de las teorías con la realidad o, peor aún, por la certeza de que era la realidad la que debía ajustarse a los marcos teóricos importados para remediar los males nacionales.

Hacía falta algo más que meros conocimientos, y ese algo radicaba en el elemento humano como depositario de los esfuerzos del gobierno, de los expertos, de los científicos. El *ideal humano* al que se apela en el ensayo 1915 es el *dolor evitable*, entendiendo que:

El dolor de los hombres es la única cosa objetiva, clara, evidente, constante.

Y no el dolor que viene de Dios, no el dolor que viene de una fuente inevitable, sino el dolor que originan nuestra voluntad o nuestra ineficacia para hacer una nueva y mejor organización de las cosas humanas.

Todo lo demás es discutible e incierto.

Mientras los hombres consuman lo mejor de su vida y de su energía en librarse de los más bajos dolores —de la miseria, de la opresión—, será imposible que logren alcanzar propósitos superiores e ideales más altos. (Gómez Morin, 1973, p. 30)

De este modo, sumando el dolor al objeto de la técnica, y tomando ambos elementos para elaborar un sistema, un marco de análisis y una respuesta, Gómez Morin se separa de una de las influencias más claras de su tiempo, la llamada *progressive era* estadounidense. Explica Pierre Rosanvallon (2008), al respecto, que:

correspondía al auge del poder de una nueva clase media del país, formada por el desarrollo y la organización de las «profesiones» en todos los campos. Ya se tratara de médicos especializados, universitarios, periodistas, contadores, cada vez mayor cantidad de oficios se profesionalizaban. [...] El neologismo *tecnocracia* se forja significativamente en esa época para designar un sistema de gobierno en el que expertos en el bien colectivo organizaban y controlaban los recursos de la nación.

La propuesta, por su parte, de la técnica como medio para solucionar el dolor evitable da al conocimiento meramente científico un sentido de trascendencia más allá del desarrollo de un buen programa agrario, de una buena política hacendaria o de un sistema de seguridad social completo: parte de la correcta administración pero no se detiene ahí sino que, además, pone a la persona, al dolor de la persona, a lo evitable que hay en ese dolor, como objetivo primordial para la actividad pública. Ciencia, sí, para dejar atrás la improvisación, pero además ciencia vinculada de manera estrecha con la ciudadanía, asumida esta no como cifras o estadísticas sino devolviéndole su completa humanidad que se manifiesta, precisamente, a través del sufrimiento. En lenguaje de la filosofía, la causa formal de la política que se propone será la del dolor, y la causa instrumental será la ciencia. La segunda al servicio de la primera. La primera como guía y derrotero para trazar los pasos de un esfuerzo que debe ser permanente.

Esa continuidad de la política que asume al dolor y a la técnica como objetivo y herramienta hará que, diez años después, en 1939, Gómez Morin encabece la fundación del Partido Acción Nacional (PAN), que desde su primera hora tomó como propia, entre otras, la causa de la pobreza en México, y exigió al gobierno acciones eficaces para frenar el deterioro de la producción agrícola que ya desde aquel entonces padecía las consecuencias de malas administraciones, del uso del campesinado como botín político, del abandono del agro hasta prácticamen-

te vaciar de trabajadores las tierras y con ello generar la enorme migración hacia las ciudades, ya fuera del propio país y también de los Estados Unidos, e iniciando así el peregrinar de miles que hasta el día de hoy acuden hacia el norte en busca del trabajo que en su propio suelo es insuficiente para garantizar una buena calidad de vida.⁵

¿Qué ciencia y qué política para el siglo xxi?

La especialización que ha tenido el conocimiento en general a raíz de los avances tecnológicos durante finales del siglo xx y principios del siglo xxi muestra sus efectos en prácticamente todos los campos de la vida del hombre. De igual modo, los avances en cuanto a la generación y difusión de la información y el conocimiento llevan a una época que bien podría llamarse de hiperespecialización. Este fenómeno, si bien presenta ventajas indiscuti-

5 El fracaso de las políticas agrarias en México está documentado en diversas conferencias impartidas por aquella primera generación que dio origen al Partido Acción Nacional; también lo está en el *Boletín de Acción Nacional* y en la revista *La Nación*, a través de reportajes sobre las olas de migrantes hacia Estados Unidos; las soluciones técnicas que se proponen son parte de las propuestas de ley de los primeros diputados del PAN, y el recorrido hemerográfico de esos documentos constata, en su conjunto, el modo en que el campo mexicano fue perdiendo potencial y capacidad para ser una opción de vida digna. Esta historia se encuentra reunida en el libro *Acción Nacional. Reflexiones en torno a la pobreza 1939-1965*, compilado por quien estas líneas suscribe y por Jesús Garulo García, y editado por la Fundación Rafael Preciado Hernández.

bles para el desarrollo y mejoramiento de las sociedades, tiene su contraparte negativa en que exige por fuerza una parcialización del saber en fragmentos cada vez más pequeños, en partículas que llevan a que el llamado *especialista* sea experto sólo en su propio campo del saber, del cual conoce prácticamente la totalidad, y que bien podría frasearse como el *saber casi todo de casi nada*.

Es decir, lejos quedaron ya esas grandes *summas* que en la antigüedad buscaban abarcar todo lo que el hombre conocía, y que tienen sus grandes manifestaciones en la catedral medieval, en la obra de Tomás de Aquino o en la *Comedia* de Dante. En ese sentido, la imagen de una filosofía que aportaba soluciones generales capaces de incluir toda la particularidad ha quedado relegada; sacrificio pues del todo en beneficio de las partes, con manifestaciones claras en el campo de, por ejemplo, la representatividad democrática, que de unos años a la fecha da preferencia a las minorías históricamente relagadas para convertirlas en el eje de no pocas políticas públicas que buscan alcanzar una equidad lo más justa posible. Y no puede decirse, empero, que esta tendencia sea negativa, porque es precisamente el hallazgo de esa pluralidad y el reconocimiento de la diversidad uno de los grandes avances de nuestro tiempo. Sin embargo, también es un hecho —y así lo demuestran temas como la tolerancia, la migración, la convivencia de credos y culturas, entre otros— que los retos de esta nueva forma de entender y concebir el espacio público presenta desafíos complejos y de no simple solución.

« Ciencia, sí, para dejar atrás la improvisación, pero además ciencia vinculada de manera estrecha con la ciudadanía, asumida esta no como cifras o estadísticas sino devolviéndole su completa humanidad que se manifiesta, precisamente, a través del sufrimiento »

Si la ciencia entonces se especializa, ¿qué pasa con ese factor aglutinador, con esa amalgama que contiene cada parte y la suma para constituir la en un todo, sea este social, económico o político? ¿Dónde podemos volver a encontrar ese factor que sin duda está faltando, porque tampoco es clara la capacidad o voluntad de realizar esa adición? La medicina, por hablar de un caso específico, resuelve esta tendencia parcializante de manera física, esto es, en edificios enteros donde conviven especialistas en distintas áreas, de manera que quien acude a consulta puede recorrer uno tras otro los distintos médicos que sanarán los males que puedan deteriorar las distintas partes del cuerpo.

¿Qué hace entonces la política ante una situación similar? ¿Cómo reúne las diversas partes en que se especializan sus diversos actores? Porque es un hecho innegable que esta hiperespecialización de la ciencia también afecta y tiene consecuencias para el quehacer público, gubernamental y de partidos;

consecuencias positivas, sin duda, pero también retos que no pocas veces son demasiado costosos.

Un ejemplo claro de esto son las campañas políticas por los cargos de elección popular. Se cuenta con expertos en demoscopia, en imagen pública, en movilización de electores, en debate y argumentación, en elaboración de políticas públicas, en mercadotecnia y, no obstante, nada de esto basta para asegurar el triunfo en una contienda. Una razón probable de ello es que cada especialidad de las mencionadas no es por sí misma la propia política: son herramientas al servicio de la política, y no es poco frecuente que el candidato termine convertido en pura imagen, como si fuera producto publicitario, o en pura movilización, como si fuera producto de masas, o en pura opinión pública, como si sus decisiones fueran fruto de la encuesta del día, o incluso en pura propuesta, como si no fuese necesario el natural liderazgo de quien busca hacerse del favor del electorado.

Todos estos factores, si bien pueden servir para vender un producto, para promover una marca o para insertar temas de debate público entre la sociedad, no son por sí solos la campaña y mucho menos la política. Son partes que se suman para construir una estrategia; son, retomando el lenguaje filosófico, causas instrumentales que no siempre tienen claridad respecto de su causa formal. O, retomando el concepto que esclareció Gómez Morin, no basta con la técnica por afinada y precisa que esta sea: hace falta una idea que aglutine todo ello, idea que ya él mismo delineó: el dolor evitable, el ser

humano, la persona en sus dimensiones física y espiritual.

De la mano, por otra parte, de esta hiperespecialización, la política enfrenta otro reto que es también fruto de nuestro tiempo, y que podría nombrarse como un hiperindividualismo donde lo colectivo pierde prioridad como objeto social frente a lo personal, lo íntimo o lo absolutamente propio. Este retraimiento de lo público afecta de manera particular aspectos como la participación ciudadana y, de igual modo, la participación política, y lleva a un principio —en ocasiones bastante avanzado— de crisis institucional donde mucho de lo que representa el bien común es descalificado, sufre el denuesto o la franca indiferencia de quienes, por definición, deben sumar los bienes particulares para darle forma y que aquel sea representativo, suma y adición.

La política, en este escenario hiperindividual, y con los efectos de la hiperespecialidad señalados líneas arriba, padece entonces el desprestigio de quienes la acusan de distante respecto de la ciudadanía, de ajena a los problemas reales de la sociedad, de sumida en sus propios asuntos e incapaz de dar respuesta efectiva a los retos que se le presentan en distintos frentes y en diversas situaciones. Y esto ocurre, con razón de sobra explicable, porque asumir a la política como un objeto meramente técnico o científico sin considerar, antes que ello, su aspecto más humano, que es dolor, la separa de su causa formal y más urgente, de su objeto central que es el hombre, de su razón de ser que es lo público, la común, lo colectivo.

El siglo XXI, a la luz de estos fenómenos *hiper* —que también tienen en campo de la expresión artística su manifestación hiperrealista—, exige volver la vista a la persona como depositaria, punto de partida y punto de llegada de la acción política; es primordial que esta centralidad utilice a la ciencia como herramienta, a la técnica como instrumento, pero teniendo en cuenta que hay algo que orienta y guía todo ese saber hacia un bien superior, relegado por diversas razones, olvidado cuando el lenguaje se especializa a tal grado que resulta ya incomprensible para la gente, o cuando se simplifica hasta el punto de reducir lo trascendente a meros eslóganes o ideas vacías de contenido.

Devolver la centralidad a la persona es camino indiscutible para darle otra vez significado a lo público, para llenar esos vacíos que genera un tiempo apesurado, de cambios casi instantáneos, de aspectos pasajeros que anulan el rostro y hacen incierto el porvenir por la celeridad que urge a que nada sea estable o se sustituya de inmediato con algo renovado. Ya en 1958 Hannah Arendt, en *La condición humana*, afirmó:

Solo la existencia de una esfera pública y la consiguiente transformación del mundo en una comunidad de cosas que agrupa y relaciona a los hombres entre sí depende por entero de la permanencia. Si el mundo ha de incluir un espacio público, no se puede establecerlo para una generación y planearlo sólo para los vivos, sino que debe superar el tiempo vital de los hombres mortales.

[...] pero tal mundo común sólo puede sobrevivir al paso de las generaciones en la medida en que aparezca en lo público. (Arendt, 1995)

« De la mano de esta hiperespecialización, la política enfrenta otro reto que es también fruto de nuestro tiempo, y que podría nombrarse como un hiperindividualismo donde lo colectivo pierde prioridad como objeto social frente a lo personal, lo íntimo o lo absolutamente propio »

Devolver a la política su prestigio y su espacio entre lo público pasa forzosamente por volver a situar a la persona en el centro, con la ciencia que, asumida como técnica al servicio de esa centralidad, sea capaz de convertirse en un apoyo y una forma de vencer la improvisación, la falta de profesionalismo o la irresponsabilidad del simplismo demagógico, que tiende a reducir las causas y las soluciones a fórmulas retóricas y sin contenido. Importante para establecer pues una relación útil y seria de la política y la ciencia resulta entender que, tanto hoy como en los albores del siglo XX, ese *dolor evitable*, que es manifestación de la persona y su dignidad, sigue y debe seguir siendo el asunto primero y último de todo el quehacer de gobernantes, partidos y representantes.

Bibliografía

- ARENDE, H. (1995). *La condición humana*. Madrid, Paidós.
- CASTILLO LÓPEZ, C., GARULO GARCÍA, J. (2015). *Acción Nacional. Reflexiones en torno a la pobreza 1939-1965*. México, Fundación Rafael Preciado Hernández.
- GÓMEZ MORIN, M. (1973). *1915 y otros ensayos*. México, Editorial Jus.
- (14.6.1919). «La improvisación», *El Heraldo de México*.
- KRAUZE, E. (1976). *Caudillos culturales en la revolución mexicana*. México, Siglo XXI Editores.
- LUJAMBIO, A. (2009). *La democracia indispensable. Ensayos sobre la historia del Partido Acción Nacional*. México, DGE Equilibrista.
- ROSANVALLON, P. (2008). *La legitimidad democrática. Imparcialidad, reflexividad, proximidad*. Buenos Aires, Manantial.
- RUSS, J. (1999). *Léxico de filosofía*. Madrid, Ediciones Akal.